

terrible combate contra el ejército de Garibaldi y que lo había derrotado completamente.

No hay nadie que aventaje á los Austriacos en abultar los hechos cuando pueden favorecerlos.

## XI.

Como ya he dicho, Garibaldi se dirigia á Luino, pero antes de llegar tuvo noticia de que este pueblo se hallaba ocupado por los Austriacos, al mismo tiempo que supo que Aspre despues de su gran victoria se había apoderado de Arcisate.

La retirada de Garibaldi á Suiza era desde entonces dificilísima, y se decidió á ir directamente á Mozazzone, posicion muy fuerte y por consecuencia muy ventajosa para él.

Apenas hubo acampado en ella, se vió completamente rodeado por cinco mil Austriacos.

Sus fuerzas se reducian á 500 hombres, y solo con ellos sostuvo durante el dia el ataque contra sus numerosos adversarios. Apenas fué de noche, formó á sus soldados en columnas cerradas y se lanzó sobre el enemigo á la bayoneta.

Favorecido por la oscuridad, hizo una horrorosa carnicería y se halló en campo raso.

A una legua de Mozazzone licenció á sus soldados, les dió cita en Lugano, y á pié con un guia disfrazado de aldeano se encaminó hácia Suiza.

Hallándome yo en Lugano supe una mañana

que Garibaldi, á quien creíamos muerto ó por lo menos prisionero en Mozazzone, habia llegado á una aldea vecina.

Entonces volví á recordar las palabras proféticas de Auzani.

Corrí á buscarle y le encontré en el lecho, estropeado, rendido, sin hablar apenas : habia andado mas de diez y seis horas y habia escapado milagrosamente de las persecuciones de los Austríacos.

Lo primero que me preguntó al verme fué :

— ¿ Tienes pronta la compañía ?

— Sí, le respondí.

— Pues bien, déjame dormir esta noche, y mañana organizaremos nuestras fuerzas para comenzar de nuevo la lucha.

No pude menos de reir al oírle : estaba seguro de que al dia siguiente estaria tan cansado que no podria moverse.

Pero al dia siguiente no pude menos de admirarme al verle de pié. Su alma y su cuerpo son iguales, los dos son de bronce.

Sin embargo ya nada podia hacer : la campaña de Garibaldi en Lombardia habia terminado.

Entonces se dirigió al Piamonte y volvió á Génova, en donde le hizo proposiciones una diputacion siciliana.

Estas proposiciones eran las de hacerse á la vela para Sicilia y sostener en este país la causa de la revolucion.

Garibaldi las aceptó desde luego, y fué con 300 hombres á Liorna ; pero al saber allí lo que pasaba en Roma, abandonó la idea de su expedicion á Sicilia y se dirigió hácia la ciudad santa.

Allí es donde no tardaremos en volver á encontrarle.

Yo por mi parte permanecí en Lugano con mi compañía, que, aumentada con algunos desertores, llegó á constar de ochenta plazas.

Se me concedió permiso para vivir con ellos en un pósito : nuestras armas continuaban guardadas, pero siempre á nuestra disposicion.

Para no perder tiempo organizamos durante los momentos de este reposo una nueva insurreccion en Lombardia, pero prevenido el gobierno suizo, dispuso que ocuparan el canton del Tesino los contingentes federales y me mandó internarme.

Fuí enviado á Bellinzona con doscientos hombres, la mayor parte procedentes de las filas de Garibaldi, y se nos detuvo en un cuartel como peligrosos y capaces de violar la frontera.

No por eso dejamos de trabajar en favor de nuestras ideas.

Los generales Ascioni y Apice debían, según se acordó, salir de Lugano y dirigirse á Como por el valle de Intelvi. Yo por mi parte debía dejar á Bellinzona, atravesar el paso de San Torio, uno de los mas elevados y dificultosos de la frontera, descender al lago de Como y llamar á las armas á todos los habitantes de este país; despues de lo cual debía reunirme con mi tropa á los dos generales.

Como no nos perdian de vista, era difícil realizar este plan.

Sobre una altura que domina á Bellinzona existen las ruinas de un antiguo castillo que perteneció en la edad media á los Viscontis; y en él estaban depositados nuestros fusiles y las municiones que habíamos podido adquirir.

Entre todos los míos, había 250 hombres; los dividí en ocho ó diez fracciones, y los mandé reunirse en el castillo á una hora dada y por distintos caminos para burlar la vigilancia de los que nos guardaban.

Contra lo que esperaba, mi proyecto se realizó sin ningun obstáculo: cada cual se armó y en poco tiempo todos estábamos dispuestos á seguir caminando por la montaña, es decir á atravesar la frontera.

Apenas habíamos dado veinte pasos, cuando de

pronto oí tocar á generala y ví que la guarnicion de la aldea se disponia á salir á perseguirnos.

Pero entonces los habitantes, que me habian tomado mucho aprecio, se sublevaron en mi favor, y amenazaron á las tropas diciéndolas que si el tambor no se callaba tocarian á rebato y formarian barricadas.

Libres ya de aquel contratiempo, dí á mis hombres la órden de ponerse en marcha. Nos hallábamos á fines de octubre, y el cierzo soplabá anunciándonos una noche de tempestad.

Anduvimos toda la noche contra el viento, y la nieve azotaba nuestros rostros. Llegó el día, y continuamos caminando. Nos veíamos en la necesidad de atravesar la nevada cima del Torio; el invierno habia puesto las sendas intransitables, pero sin embargo las pasamos con la nieve hasta las rodillas y en muchas ocasiones hasta el pecho. Despues de tantas fatigas llegamos por fin á la cumbre, pero allí nos esperaba un enemigo mas terrible que todos los que habíamos logrado vencer, la tormenta. Instantáneamente nos hallamos completamente cegados, sin poder distinguir nada á diez pasos de nuestro alrededor.

Entonces mandé á mis soldados que se juntasen los unos á los otros, marchando en una sola fila y

haciéndoles seguirme con la mayor celeridad posible.

Tres quedaron atrás, y cayendo para no levantarse mas envueltos por la nieve, duermen ó quizá velan en la cumbre del Torio.

Yo iba delante, como he dicho, sin seguir ninguna ruta trazada de antemano, sin saber á dónde caminaba y fiándome solo en nuestra buena fortuna, cuando me detuve de repente. La superficie terminaba allí : un solo paso mas, y caigo en el precipicio.

Entonces mandé hacer alto, disponiendo que cada cual permaneciese en su puesto hasta el amanecer, y acompañado de un guia busqué durante toda la noche una senda cualquiera, notando á cada instante que la tierra, ó mejor dicho la nieve nos faltaba, y resbalando á cada paso. Un milagro fué que ninguno de los dos cayéramos sepultados por la nieve ni nos matáramos al resbalarnos.

Por fin llegamos al amanecer á unas cabañas abandonadas, y como aunque malas ofrecian algun abrigo, quise volverme á buscar á mi gente, pero al intentarlo me faltaron las fuerzas y caí acosado por la fatiga y por el frio.

El guia me condujo á una de las cabañas, encendió fuego y me hizo volver en mí.

Durante este tiempo quiso la suerte que mis soldados siguiesen el camino que yo habia trazado, y dos horas despues nos encontramos todos reunidos.

Continuamos la marcha y bajamos á Gravedona, situada en la ribera del lago de Como.

Desde allí, y despues de haber hecho un alto que duró medio dia, proseguimos andando para buscar á los dos generales con los que habia convenido en reunirme, debiendo ellos por su parte haber organizado una sublevacion.

Pero los dos generales, en vez de batir á los Austríacos, habian sido batidos por ellos, y yo sin saberlo caminaba á buscar la division Volgemuth, que ocupaba el valle Intervi, y una porcion de embarcaciones llenas con nuestros enemigos.

Advertido del peligro, tomé un camino de travesía, entré en el valle de Minaggio y ocupé á Parterra, situada en su extremidad al borde del lago de Lugano, reservándome para una retirada el valle Cavarnia, que concluia en la frontera suiza.

La posicion era magnífica y me permitia estar en comunicacion con Lugano, de donde podia recibir refuerzos y municiones; pero nadie vino á inquietarme, y permanecí allí inútilmente durante ocho dias.

Al cabo de ellos reconcentraron sus fuerzas los

Austriacos y se dirigieron hácia donde yo estaba. Yo me retiré al valle de Cavarnia é hice alto en la montaña de San Lucio, que separa la Lombardia de la Suiza, contando con hacer lo mismo que en San Maseo si me atacaban, pero solo cambiamos algunos tiros de fusil.

Dos soldados de los míos murieron de resultas de sus heridas.

No teniendo ya nada que hacer, y viendo que todas las vias estaban cubiertas de nieve, que el invierno se aproximaba cada dia mas riguroso, volví á Suiza, oculté mis fusiles y me escondí despues con todos los míos.

Por desgracia yo no podia ocultarme tan bien como un fusil, y temiendo al ver lo comprometido que estaba no solo que me internasen si me hallaban, sino que me redujesen á prision, dándome por muy dichoso si no me entregaban á los Austriacos, resolví hacer cuanto pudiera para volver al Piamonte.

Me prestaron un coche para salir de Lugano, y una vez fuera de la ciudad pensé dirigirme á Magadino, desde allí á Génova y desde Génova Dios sabe á dónde.

Al atravesar una calle de Lugano me detuvo una carreta cargada de madera que obstruia el paso.

Tuve que esperar á que la descargaran, rabiando por este contratiempo; pero entre tanto pasó cerca de mí el comandante del batallon federal, me reconoció, llamó á la guardia y me cogieron preso.

Esto era lo menos que yo debia esperar, pero sin embargo mi fortuna fué mas favorable. Como los principales habitantes de Lugano eran amigos míos, consiguieron que en vez de detenerme en Suiza me condujeran á las fronteras sardas.

No hice mas que atravesar el Piamonte, y como habia república en Toscana, me embarqué en Génova y me dirigí á Florencia.

Al llegar á Liorna supimos por un despacho telegráfico que el Gran Duque fingiendo una enfermedad á Montanelli se habia escapado, refugiándose en Porto-Ferraio.

Guerazzi ordenó inmediatamente á la guardia nacional de Liorna que le persiguiera y le detuviese.

Al firmar esta órden le dijeron que yo acababa de llegar.

— Ofrecedle el mando de la expedicion, exclamó Guerazzi, y procurad que lo acepte.

Como se comprenderá muy bien, no fué preciso que me lo rogasen : inmediatamente me puse á las órdenes del gobierno provisional.

Nos embarcamos en el *Giglio*, y nos hicimos á la vela para la isla de Elba.

Apenas nos hallamos en el mar, distinguimos una fragata; no sabíamos si era francesa, inglesa ó austriaca, pero la prudencia nos aconsejaba no aproximarnos á ella demasiado.

Hice dar un rodeo al *Giglio*, y en vez de abordar directamente á Liorna, abordé en el golfo di Campo, atravesé sin pararme la isla y llegué á Porto Ferrajo.

Allí no habian visto al Gran Duque.

La expedicion estaba realizada.

Entonces volví á Florencia y organicé libremente los restos de mi columna, reforzándola con nuevos voluntarios, porque todos los refugiados en Florencia quisieron militar á mis órdenes.

Durante el tiempo que permanecí allí, reprimí dos tentativas de reaccion que se hicieron.

Una mañana corrieron rumores de que los Austriacos se aproximaban á las fronteras de Módena. Corrí á su encuentro con mis hombres, pero no hallé ninguno.

Una tercera tentativa de reaccion obtuvo el triunfo, el gobierno del Gran Duque fué restablecido, y yo, que habia sido encargado de arrestarle, me vi naturalmente precisado á partir.

Además de mi legion, habia en Florencia otra de Polacos perfectamente organizada: la propuse que me siguiera, y me siguió.

Atravesé los Apeninos y entré en Bolonia: allí fui muy mal recibido por el gobierno republicano, que me trató de desertor.

El general Mezza Capo formaba por entonces en Bolonia una division destinada á marchar en auxilio de Roma: nos vió, reconoció que no éramos desertores é hizo de nosotros su vanguardia.

Seguimos el camino de Foligno, de Narni y de Civita Castellana, y al llegar á este último punto nos apoyamos en la Sabina para evitar un encuentro con los Franceses.

Entramos en Roma por la puerta de San Giovanni.

Digamos cómo se hallaba á la sazón la ciudad santa.

## XII.

En la mañana del 24 de abril la vanguardia de la division francesa se encontraba en el puerto de Civita Vecchia, y un ayudante de campo del general Oudinot habia desembarcado para tener un parlamento con Manucci, que era el prefecto de la República romana.

Le indicó que el objeto de la intervencion francesa era solo el de guardar los intereses materiales y morales de la poblacion de Roma, que la Francia, enemiga del despotismo y de la anarquía, queria asegurar á Italia una sabia libertad, que esperaba encontrar en el pueblo romano la antigua simpatía que le habia unido al pueblo francés; pero que entretanto, como la flota no podia permanecer sin peligro en el mar, necesitaba un pronto permiso para verificar el desembarque. Asimismo añadió que en el caso de que este permiso no les fuese concedido, se veria el general francés, muy á su pesar, en la precision de emplear la fuerza para obtenerle. Además le previno que advirtiera á la villa de Civita Vecchia, que en el momento en que disparase un solo fusil la impondrian un millon de multa.

Al mismo tiempo que decia esto, sin aguardar la respuesta del gobierno de Roma, al que Manucci quiso consultar, el general Oudinot desarmó al batallón Metara, ocupó el fuerte, cerró la imprenta de la villa, colocó un centinela en su puerta y se opuso al desembarque de un cuerpo de quinientos Lombardos.

Estos quinientos Lombardos componian el batallón de bersaglieri mandado por Manara, el cual arrojado de su patria, y rechazado por el Piamonte, iba á buscar una tomba en Roma.

Su batallón estaba formado por la aristocracia de Lombardía y marchaba á reunirse con los defensores de la República, no tanto por simpatía como porque no sabian á qué otra parte pedir asilo, como lo confiesa el mismo Dandolo en su libro *de los Bersaglieri y de los Voluntarios*.

Habian llegado dos dias despues que el general Oudinot, y entonces era él quien debía conceder el permiso para los desembarques.

Enrique Dandolo, descendiente del dux del mismo nombre, y llevando, como el historiador hijo del célebre vencedor de Constantinopla, el nombre de Enrique, bajó á tierra dos veces para pedir la indicada licencia al general; y no solo le fué brutalmente negada, sino que se le intimó la orden de que se alejaran del puerto.

Llevó esta respuesta á Manara, quien á su vez desembarcó para ver si era mas dichoso que su emisario, pero sufrió la misma suerte que Dandolo.

— ¿Sois lombardo? le preguntó el general.

— Sin duda alguna, respondió Manara.

— Pues bien, añadió, ¿porqué siendo lombardo venís á mezclaros en los asuntos de Roma?

— Tambien vos os mezclais, siendo francés, le dijo Manara, y volviéndole la espalda se dirigió otra vez á bordo.

Pero cuando supieron los suyos que el general francés se oponia á sus deseos, su exasperacion llegó á su mayor grado.

Habian sufrido tanto en la travesía, que bersaglieri y voluntarios querian arrojarse al agua y ganar á nado la costa, arriesgándose á sufrir las consecuencias de esta determinacion.

Al ver Manara que sus soldados estaban decididos á apelar á este último extremo, volvió otra vez á ver al general Oudinot, y despues de una obstinada resistencia consiguió que se permitiese desembarcar á su batallón en Porto d'Ango. En cambio le exigia el general francés que permaneciese lejos de Roma y en la mas estricta neutralidad hasta el 4 de mayo, época en que, segun él, todo estaria terminado.

Manara rechazó las condiciones.